

—¿Qué ha dicho su bonita prima?

—¿Quién le ha dicho á usted que era bonita?—se apresuró á responder Isabel con un acento que denotaba unos celos de tigre.

—Usted misma.

—Sí, se lo dije para ver la cara que pondría. ¿Tiene usted ganas de correr tras de las faldas? ¿A usted le gustan las mujeres? pues bien, fúndalas usted, consuele sus deseos contemplando el bronce, porque aun tendrá que pasarse algún tiempo sin amoríos, y sobre todo sin mi prima, querido mío... No es manjar éste para la boca de usted; ella necesita un hombre de sesenta mil francos de renta, y ya lo ha encontrado... Pero, ¡cómo! ¿está la cama sin hacer?—dijo mirando al otro cuarto.—¡Oh! pobre amigo mío, le he tenido olvidado.

Esto diciendo, la vigorosa joven se desembarazó de su manteleta, de su sombrero y de sus guantes, y como una criada, hizo en un instante la camita de colegial donde dormía el artista. Aquella mezcla de rudeza, de brusquedad y de bondad puede dar una explicación del imperio que Isabel había adquirido sobre aquel hombre, á quien consideraba como cosa suya. ¿No nos atrae la vida por sus alternativas de bueno y de malo? Si el livonio hubiese topado con la señora Marneffe en lugar de dar con Isabel Fischer, habría visto en su protectora una complacencia que le hubiese conducido por alguna senda deshonorosa en la que se habría perdido. No habría trabajado, y, por consiguiente, el artista habría seguido en embrión; así es que Wenceslao, al mismo tiempo que deploraba la áspera avidez de la solterona, se decía que debía preferir aquel brazo de hierro á la perezosa y peligrosa vida que hacían algunos de sus compatriotas.

He aquí las causas á que era debido el enlace de aquella energía femenina y de aquella debilidad masculina, especie de contrasentido que es al parecer bastante frecuente en Polonia.

CAPÍTULO VII

Aventura de una araña que encuentra en su tela una hermosa mosca demasiado grande para ella

En 1833, la señorita Fischer, que trabajaba á veces por la noche cuando tenía mucho que hacer, sintió á eso de la una de la madrugada un fuerte olor á ácido carbónico y oyó los lamentos de un moribundo. El olor á carbón y el estertor de la agonía provenían de una buhardilla situada encima de los dos cuartos que componían su habitación, y entonces supuso que un joven recién llegado á la casa y que habitaba dicha buhardilla, desalquilada hacía tres años, se estaba suicidando. Subió, pues, á toda prisa, hundió la puerta á empujones y encontró al inquilino retorciéndose sobre su catre en medio de las convulsiones de la agonía. La solterona apagó primeramente el brasero, abrió bien la puerta, y al renovarse el aire el desterrado quedó salvado. Luego, cuando Isabel lo hubo acostado y lo vió dormido, pudo reconocer las causas del suicidio en la desnudez absoluta de los dos cuartos de aquella buhardilla, donde no existía más que una mala mesa, el catre y dos sillas.

Sobre la mesa había este escrito, que ella leyó:

«Soy el conde Wenceslao Steinbock, nacido en Prelie, Livonia.

»Que no se acuse á nadie de mi muerte, pues las razones de mi suicidio están encerradas en estas palabras de Kosciusko: *Finis Polonia.*

»El sobrino segundo de un valeroso general de Carlos XII no ha querido mendigar. Mi débil constitución me impedía el servicio militar, y ayer vi el fin de los cien talers con que he venido de Dresde á París. Dejo veinticinco francos en el cajón de esta mesa para pagar el alquiler que debo al propietario.

»Como no tengo parientes, mi muerte no interesa á nadie. Ruego á mis compatriotas que no acusen al gobierno francés, pues no me he dado á conocer como refugiado, no he pedido nada, no he encontrado á ningún desterrado y nadie sabe que vivo en París.

»Habré muerto animado por pensamientos cristianos. ¡Que Dios perdone al último Steinbock!

»WENCESLAO.»

La señorita Fischer, excesivamente conmovida ante la probidad del moribundo, que pagaba el alquiler antes de morir, abrió el cajón y vió en efecto cinco monedas de cinco francos.

—¡Pobre joven!—exclamó.—¡Y no hay nadie en el mundo que se interese por él!

Bajó en seguida á su habitación, tomó su labor y volvió á trabajar á aquella buhardilla, para velar al mismo tiempo al noble livonio. Fácilmente se podrá juzgar el asombro del desterrado, cuando al despertar vió una mujer á la cabecera de su cama. El pobre joven creyó que continuaba su sueño. Al mismo tiempo que hacía cordones de oro para un uniforme, la solterona se había prometido proteger á aquel pobre muchacho á quien había admirado demasiado. Cuando el joven conde estuvo completamente despejado, Isabel le animó y le interrogó para saber como podría hacerle ganarse la vida. Wenceslao, después de haberle contado su historia, añadió que había debido su plaza á su reconocida vocación por las artes y que siempre se había sentido con disposición para la escultura; pero que el tiempo necesario para los estudios le pareció demasiado largo para un hombre sin dinero y que en aquel momento se sentía demasiado débil para dedicarse á un oficio manual ó á la escultura en grande. Estas palabras fueron griego para Isabel Fischer, la cual no dejó por eso de responderle á aquel desgraciado que París ofrecía tantos recursos, que un hombre de buena voluntad siempre tenía medios de vivir, y que las gentes de corazón no perecían cuando procuraban obrar siempre con paciencia.

—Mire usted, yo no soy más que una pobre muchacha, una aldeana, y sin embargo he sabido crear una posición independiente. Escúcheme, si usted se decide á trabajar seriamente, yo tengo algunas economías y le daré todos los meses el dinero necesario para vivir, pero para vivir estrechamente, no para calaverear ni corretear. En París se puede comer por cinco reales diarios, y yo haré su almuerzo con el mío todas las mañanas. Además, amueblaré su cuarto y pagaré el aprendizaje que necesite en su oficio. Usted me dará garantías del dinero que yo gaste por usted, y, cuando

sea rico, me lo devolverá todo. Tenga muy en cuenta, sin embargo, que si no trabaja yo no me consideraré comprometida á nada y le abandonaré.

—¡Ah!—exclamó el desgraciado, que sentía aún la amargura de su primer abrazo con la muerte,—los desterrados de todos los países tienen razón en dirigirse á Francia, como se dirigen las almas del purgatorio al paraíso. ¿En qué nación como en ésta se encuentran socorros y corazones generosos en todas partes, hasta en una buhardilla? Mi querida bienhechora, usted lo será todo para mí, yo seré su esclavo. Sea usted amiga mía—añadió, haciendo una de esas demostraciones cariñosas tan comunes en los polacos y que contribuyen á que les acusen injustamente de serviles.

—¡Oh! no, yo soy demasiado celosa y le haría desgraciado; pero seré con gusto algo así como su compañera,—repuso Isabel.

—¡Oh! si supiese usted con que ardor llamaba yo á una criatura cualquiera que me quisiese, aunque fuese un tirano, cuando luchaba á brazo partido con la miseria en esta ciudad!—repuso Wenceslao.—Yo echaba de menos á Siberia, á donde el emperador me enviaría si yo volviese á mi patria. Sea usted mi providencia... Yo trabajaré y seré mejor de lo que soy, aunque no he sido nunca malo.

—¿Hará usted todo lo que yo le mande?—le preguntó.

—Sí.

—Pues bien, le tomo á usted por hijo—respondió la solterona alegremente.—Heme ya con un muchacho que acaba de salir de la tumba. Vamos, empecemos. Yo me voy á buscar mis provisiones y usted entretanto se viste, y cuando oiga que doy golpes en el techo con el mango de la escoba, baje á participar de mi almuerzo.

Al día siguiente, la señorita Fischer tomó informes en casa de los fabricantes para quienes trabajaba, acerca de la profesión de escultor. A fuerza de preguntar, logró descubrir el taller de Florent y Chanor, casa especial donde se fundían y cincelaban los bronceos ricos y los servicios de plata de gran lujo, y allí llevó á Steinbock en calidad de aprendiz escultor, proposición que pareció extraña. Allí se fundían los modelos de los artistas más famosos, pero no se enseñaba á esculpir. La persistencia y la testarudez de la solterona lograron colocar á su protegido como dibujante de adornos, y Steinbock no sólo supo en seguida modelarlos,

sino que los inventó nuevos, pues tenía gran vocación. Cinco meses después de haber acabado su aprendizaje de cincelador, trabó conocimiento con el famoso Stidmann, que era el principal escultor de la casa Florent, y, al cabo de veinte meses, Wenceslao sabía más que su maestro; pero en dos años y medio las economías hechas por la solterona durante diez y seis años se habían ido agotando poco á poco. ¡Dos mil quinientos francos en oro! una suma que ella pensaba colocar á interés y que estaba representada ¿por qué? por la letra de cambio de un polaco. Por esta razón, Isabel trabajaba en aquel momento como en su juventud á fin de atender á los gastos de su protegido, pero cuando vió en sus manos un papel en lugar de las monedas de oro, perdió la cabeza y fué á consultar al señor Rivet, que era ya hacía quince años el consejero de su primera y más hábil obrera. Al saber esta aventura, los señores Rivet riñeron á Isabel, la trataron de loca, criticaron á los refugiados, que comprometían la prosperidad del comercio y la paz, y animaron á la solterona á que se procurase lo que se llama en comercio garantías.

—La única garantía que ese mocito puede ofrecerle, es su libertad—dijo el señor Rivet.

Don Aquiles Rivet era juez en el tribunal de comercio.

—Y á fe que no es ninguna broma la cárcel por deudas para los extranjeros—repuso.—Un francés permanece cinco años en la cárcel y después sale de ella sin haber pagado las deudas; pero un extranjero no sale nunca. Deme usted su letra de cambio, endósela á nombre de mi tenedor de libros y él la hará protestar; les perseguirá á los dos, obtendrá contradictoriamente un juicio que decretará el libramiento, y cuando todo esté en regla, le firmará á usted una contra letra. Obrando de este modo, los intereses correrán y siempre tendrá usted una pistola cargada contra su polaco.

La solterona le dejó hablar, advirtiéndole á su protegido que no le preocupasen aquellos pasos dados con el solo objeto de procurar garantías á un usurero para que le anticipase algún dinero. Esta estratagema era debida al genio inventivo del juez del tribunal del comercio. El inocente artista, ciego y lleno de confianza en su bienhechora, encendió la pipa con los papeles timbrados, pues fumaba como todos los que tienen penas ó energías que adormecer. Un día el señor Rivet enseñó á la señorita Fischer una sentencia, diciéndole:

—Tiene usted á Wenceslao Steinbock atado de pies y manos, de tal modo, que en veinticuatro horas puede usted hacer que le encierren en Clichy para el resto de sus días.

Aquel digno y honrado juez del tribunal de comercio sintió aquel día la satisfacción que debe producir la seguridad de haber cometido una mala buena acción. La beneficencia tiene tantos modos de ser en París, que esta acción singular responde también á una de sus variantes. Una vez cogido el livonio entre las redes del procedimiento comercial, se trataba de lograr el pago, pues el notable comerciante consideraba á Steinbock como una especie de estafador. El corazón, la probidad y la poesía eran á su modo de ver siniestros en los negocios. Rivet, llevado de su interés por la pobre señorita Fischer, que, según decía él, había sido engañada por un polaco, se fué á ver á los ricos fabricantes de cuya casa acababa de salir Steinbock. Ahora bien, secundado por los notables artistas de la platería parisiense citados ya, Stidmann, que hacía llegar el arte francés á la perfección que hoy tiene y que le permite luchar con los Florentinos y el Renacimiento, se encontraba en el despacho de Chanor cuando el bordador fué allí á pedir informes del refugiado polaco llamado Steinbock.

—¿A quién llama usted Steinbock?—exclamó burlonamente Stidmann.—¿Es por casualidad á un joven livonio que ha sido discípulo mío? Pues si es á él, sepa usted, caballero, que es un gran artista. Dicen que yo me creo el diablo; pues bien, ese pobre muchacho no sabe que puede convertirse en un Dios.

—¡Ah! aunque usted hable con cierta sorna á un hombre que tiene el honor de ser juez del tribunal del Sena...

—Dispense usted, consúl—replicó Stidmann llevándose la mano á la frente.

—Me satisface lo que acaba usted de decirme. ¿De modo que ese joven podrá ganar dinero?

—Ya lo creo—dijo el anciano Chanor,—pero necesita trabajar. Alguno tendría ya si hubiera permanecido en nuestra casa; pero, ¿qué quiere usted? los artistas tienen horror á la dependencia.

—Porque tienen conciencia de su valer y de su dignidad—respondió Stidmann.—Yo no critico á Wenceslao porque vaya solo y procure crearse una posición y un nombre,

porque está en su derecho; y sin embargo bien perdí yo cuando él se fué de mi casa.

—Hombre—exclamó Rivet,—vaya unas pretensiones que tienen los jóvenes al salir de su huevo universitario. Pero ¿por qué no empiezan ustedes por procurarse rentas para conquistar luego la gloria?

—Recogiendo dinero se estropean las manos—respondió Stidmann.—A la gloria le corresponde el traernos la fortuna.

—Que quiere usted—dijo Chanor á Rivet,—no hay medio de átarles.

—Es claro, se comerían el ronzal.

—Todos estos señores—dijo Chanor mirando á Stidmann—tienen tantos caprichos como talento; gastan atrozmente, tienen queridas, tiran el dinero por la ventana, nunca tienen tiempo para hacer sus trabajos y abandonan los encargos. Así es que se da el caso de que vamos á veces á casa de obreros que no valen lo que ellos, y que, sin embargo, se enriquecen. Luego se quejan de los malos tiempos que corren, cuando en realidad estarían llenos de oro si se aplicasen.

—Anciano padre Lumignon—dijo Stidmann,—me hace usted el efecto de aquel librero anterior á la Revolución, que decía: «¡Ah! si yo pudiese tener en mis manos á Montesquieu, á Voltaire y á Rousseau bien miserables, les guardaría los pantalones en una cómoda y escribirían hermosos libros con los cuales haría yo fortuna.» Si se pudiesen forjar obras hermosas, como clavos, todo el mundo las haría. En fin, deme usted mil francos y cállese.

El buen Rivet se fué encantado á ver á la señorita Fischer, que comía en su casa todos los lunes y que seguramente no se habría marchado aún.

—Si puede usted hacerle trabajar—le dijo,—será usted más feliz que juiciosa y podrá recuperar capital, gastos é intereses. Ese polaco tiene talento y puede ganarse la vida, pero enciérrele los pantalones y los zapatos é impídale que vaya á la Chaumière y al barrio de Notre-Dame de Lorette. Sin estas precauciones su escultor callejeará, y usted no sabe los horrores que encierra, esó de callejear, para los artistas. Acabo de saber que un billete de mil francos se les va en un solo día.

Este episodio ejerció una influencia terrible en la vida de Wenceslao y de Isabel. La bienhechora mojó el pan del desterrado en el ajeno de los reproches cada vez que creía

sus fondos comprometidos. La buena madre se convirtió en madrastra; amonestó á aquel pobre muchacho, le torturó y le reprochó mil veces el que no trabajaba bastante á prisa y el haber escogido una profesión muy difícil. La solterona no podía creer que modelos de cera roja, figuritas y proyectos de adornos pudiesen valer gran cosa. Pero arrepentida á poco de sus durezas, procuraba borrar sus huellas con un sinnúmero de cuidados, de dulzuras y de atenciones, y de esta suerte el pobre joven, después de lamentar el hallarse bajo la dependencia de aquella furia y bajo el dominio de una aldeana de los Vosgos, estaba maravillado de los mimos y de aquella solicitud materna, enamorada únicamente de lo físico y de lo material de la vida. El polaco obró como una mujer que olvida los malos tratos de una semana á cambio de las caricias de una fugitiva reconciliación. De este modo, la señorita Fischer tuvo un imperio absoluto sobre aquella alma. El amor del dominio que existía en germen en aquel corazón de solterona se desarrolló rápidamente, pudiendo satisfacer su orgullo y su necesidad de acción: ¿no tenía una criatura suya á quien dirigir, á quien reñir, á quien adular y á quien hacer feliz sin temor á ninguna rivalidad? Lo bueno y lo malo de su carácter se ejercieron, pues, por partes iguales. Si á veces martirizaba al pobre artista, tenía en cambio delicadezas semejantes á la gracia de las flores campestres, y Wenceslao tenía la seguridad de que gozaba viendo que no carecía de nada y que hubiera dado por él la vida. Como todas las almas hermosas, el pobre muchacho olvidaba el mal y los defectos de aquella muchacha, que le había contado ya su vida para excusar su carácter salvaje, y no recordaba nunca más que los beneficios. Un día la solterona, desesperada porque Wenceslao se había ido á paseo en lugar de trabajar, le armó un escándalo, diciéndole:

—Usted me pertenece, y si es usted hombre honrado, debe procurar devolverme cuanto antes lo que me debe.

El hidalgo, que sintió que se encendía en sus venas la sangre de los Steinbock, se puso pálido.

—¡Dios mío!—continuó diciendo ella,—muy pronto nos veremos reducidos á los seis reales que gano yo, pobre mujer.

Los dos indigentes, en medio de la irritación de la disputa, se animaron uno contra otro, y entonces el pobre artista reprochó por primera vez á su bienhechora el haberle arran-

cado de la muerte para darle una vida de forzado peor que la nada, en la que al menos se descansaba, y terminó por hablarle de huir.

—¡Huir!—exclamó la solterona.—¡Ah! tenía razón el señor Rivet.

Y acto continuo le explicó categóricamente como en veinticuatro horas podía hacer que le encarcelasen para el resto de sus días. Este fué el golpe de gracia, y Steinbock acabó por sumirse en una negra melancolía y en un mutismo absoluto. Al día siguiente por la noche, Isabel, que oyó preparativos de suicidio en el cuarto de su protegido, se apresuró á subir, y entregándole la letra y un recibo en regla, le dijo llorando:

—Tengá usted, hijo mío, perdóneme. Sea feliz, déjeme; yo le atormento demasiado, pero dígame al menos que pensará alguna vez en la pobre muchacha que le puso en situación de ganarse la vida. ¡Qué quiere! Usted es la causa de mis maldades; yo puedo morir, ¿y qué sería de usted sin mí?... He aquí la razón de la impaciencia que siento por verle fabricar objetos que puedan venderse. Yo no le pido mi dinero por mí, ya lo sabe usted. Yo temo á esa pereza que usted llama meditación, á sus concepciones, que le roban tantas horas durante las cuales pasa usted el tiempo mirando al techo, y quisiera que hubiese usted contraído la costumbre del trabajo.

Estas palabras fueron dichas con un acento, con una mirada y con una actitud, y acompañadas de tantas lágrimas, que conmovieron al artista, el cual cogió á su bienhechora, la estrechó contra su corazón y la besó en la frente.

—Guarde usted esos documentos—le respondió con una especie de alegría.—¿Para qué me ha de meter usted en Clichy? ¿No estoy aprisionado aquí por el agradecimiento? Este episodio de su vida común y secreta ocurrido seis meses antes, había hecho producir á Wenceslao tres cosas: el sello que guardaba Hortensia, el grupo expuesto en casa del comerciante y un admirable reloj que acababa en aquel momento.

Este reloj representaba las doce Horas, admirablemente caracterizadas por doce figuras de mujer empeñadas en una danza tan loca y tan rápida, que tres Amores, subidos sobre un montón de flores y de frutas, no podían detener á su paso más que á la Hora de las doce de la noche, cuya clámide

rota aparecía en las manos del Amor más atrevido. Este asunto descansaba sobre un pedestal redondo, de admirable ornamentación, en el que se agitaban animales fantásticos. La hora estaba indicada en una boca monstruosa que bostezaba, y cada Hora era un símbolo afortunadamente imaginado que caracterizaba las ocupaciones habituales del día.

Ahora es fácil comprender la especie de apego extraordinario que la señorita Fischer tenía á su protegido, á quien deseaba ver feliz, viéndole, por el contrario, decaído y enervado en su buhardilla. La loresna cuidaba á aquel niño del Norte con la ternura de una madre, con el celo de una mujer y con el ingenio de un dragón; así es que se arreglaba de modo que le fuese imposible hacer ninguna locura ni ninguna calaverada, teniéndole siempre sin dinero. Hubiera querido conservar á su víctima y á su compañero para sí sola, y deseaba ver que era juicioso como ella por fuerza, sin comprender la barbarie de este deseo insensato, pues ella se había acostumbrado á todas las privaciones. Amaba bastante á Steinbock para no casarse con él, y lo amaba demasiado para cedérselo á otra mujer, y no sabiendo resignarse á no ser más que madre, se consideraba loca cuando pensaba en representar á su lado otro papel. Estas contradicciones, aquellos celos feroces, aquella dicha de poseer á un hombre, todo influía poderosamente en el corazón de aquella solterona. Enamorada realmente desde hacía cuatro años, acariciaba la loca esperanza de hacer durar aquella vida inconsecuente y sin finalidad, vida cuya persistencia tenía que causar la pérdida de aquel á quien llamaba su hijo. Este combate entre sus instintos y su razón la volvían injusta y tiránica, se vengaba en aquel muchacho de no ser joven, rica ni guapa, y después de cada venganza reconocía sus culpas y daba pruebas de infinitas humildades y ternuras, pues no concebía el sacrificio por su ídolo hasta después de hacerle reconocer su poder á hachazos. Aquello era, en fin, la *Tempestad* de Shakespeare cambiada: Calibán dueño de Ariel y de Próspero. Respecto á este desgraciado joven de pensamientos elevados, meditando y dado á la pereza, dejaba ver en los ojos, como esos leones enjaulados en el jardín de plantas, el desierto que su protectora hacía nacer en su alma. El trabajo forzado que Isabel exigía de él no satisfacía las necesidades de su corazón, su aburrimiento se convertía en una enfermedad física y se moría sin saber

pedir y sin saber procurarse el dinero necesario á veces para una locura. Durante ciertos días de energía en que el sentimiento de su desgracia acrecentaba su desesperación, miraba á Isabel, como debe mirar el agua salitre un viajero sediento que atraviesa una costa árida. Aquellos frutos amargos de la indigencia y de aquella reclusión en París eran saboreados como placeres por Isabel, la cual preveía con terror que la más pequeña pasión podía privarle de su esclavo. A veces, cuando obligaba á aquel artista á ser un gran escultor por medio de sus tiranías y sus reproches, se reprochaba á sí misma por haberle dado medios de que pudiese pasar sin ella.

Al día siguiente estas tres existencias, tan diversas y realmente miserables, la de una madre desesperada, la del matrimonio Marneffe y la del pobre desterrado iban á ser todas afectadas por la sencilla pasión de Hortensia y por el extraño desenlace que el barón iba á hallar en su desgraciada pasión por Josefa.

CAPÍTULO VIII

La novela del padre y la de la hija

En el momento de llegar á la Ópera, al consejero de Estado le llamó la atención el aspecto un tanto sombrío del templo de la calle Lepelletier, donde no vió ni gendarmes, ni luces, ni criados, ni barreras para contener á la multitud. Miró el cartel, y vió en él una tira blanca en la cual se leía esta frase sacramental:

SUSPENDIDA POR INDISPOSICIÓN

Inmediatamente se dirigió á casa de Josefa, que vivía muy cerca, como todos los artistas de la Ópera, en la calle Chauchat.

—Señor, ¿qué desea usted?—le dijo el portero, llenándole de asombro.

—¿Ya no me conoce usted?—le respondió el barón con inquietud.

—Al contrario, señor; por lo mismo que le conozco, le pregunto adonde va,

El barón sintió un estremecimiento mortal y preguntó:

—Pues ¿qué ha ocurrido?

—Si el señor barón subiese á la habitación de la señorita Mirah, se encontraría allí con la señorita Eloísa Brisetout, y con los señores Bixiou, León de Lora, Lousteau, Vernisset, Stidmann, y algunas mujeres llenas de pachulí que están estrenando la casa.

—Pues ¿dónde está?...

—¿La señorita Mirah?... No sé si haré bien en decirselo á usted.

El barón depositó dos monedas de cinco francos en la mano del portero, y entonces éste le dijo en voz baja:

—Ahora está en la calle de la Ville-l'Évêque, en un palacio que le ha dado, según se dice, el duque Herouville.

Después de haber preguntado el número del palacio, el barón tomó un coche y se trasladó á dicha calle, parándose ante una de esas bonitas casas modernas con doble puerta, cuyo lujo empieza á notarse ya en los mecheros del gas.

El barón, vestido con su levita de paño azul, corbata blanca, chaleco blanco, pantalón de mahón, botas de charol y mucho almidón en la pechera, pasó por un invitado retrasado á los ojos del portero de aquel nuevo Edén. Su prisa, su manera de andar, todo en él justificaba esta opinión.

Al toque de campana dado por el portero, se presentó un ayuda de cámara en el peristilo. Este ayuda de cámara, nuevo como la casa, dejó entrar al barón, el cual le dijo con un tono de voz acompañado de imperioso gesto:

—Entregue usted esta tarjeta á la señorita Josefa.

El *patito* miró maquinalmente la habitación en que se hallaba, y se vió en un salón de espera lleno de flores raras y cuyo mobiliario debía costar por lo menos cuatro mil duros. El criado volvió á poco y rogó al señor que entrase en el salón á esperar á que se levantasen de la mesa para tomar café.

Aunque el barón había conocido el lujo del Imperio, que fué indudablemente uno de los más prodigiosos y cuyas creaciones, si no fueron duraderas, no dejaron de costar por eso enormes sumas, quedó como deslumbrado y aturdido en aquel salón cuyas tres ventanas daban á un jardín mágico, á uno de esos jardines hechos en un mes con tierras transportadas y flores trasplantadas, y cuyos céspedes parecen obtenidos por procedimientos químicos. Admiró no sólo los

detalles, los dorados, las esculturas más hermosas del estilo llamado Pompadour, y las maravillosas y costosas telas, sino además lo que sólo los príncipes tienen la facultad de escoger, de hallar y de ofrecer: dos cuadros de Greuze y dos de Watteau; dos cabezas de Van Dyck, dos paisajes de Ruysdael, dos de Guáspre, un Rembrandt y un Holbein, un Murillo y un Ticiano, dos Teniers y dos Metzú, un Van Huysum y un Abraham Mignon, en fin, doscientos mil francos de cuadros, con marcos que valían casi tanto como las telas.

—¡Ah! ¿lo comprendes ahora, mi buen hombre?—le dijo Josefa, que habiendo entrado de puntillas por una puerta secreta cogió á su adorador sumido en uno de esos estados de estupefacción en que los oídos zumban de tal modo, que no se oye nada más que el toque de agonía del desastre.

La palabra *buen hombre*, dirigida á un personaje de la categoría del barón y que describe admirablemente la audacia con que esas muchachas amargan las más grandes existencias, le dejó como clavado en su asiento. Josefa, toda de blanco y amarillo, estaba tan bien adornada para aquella fiesta que todavía podía brillar, en medio de aquel lujo insensato, como la joya más rara.

—¿Verdad que es muy hermoso todo esto?—repuso la joven.—El duque ha empleado aquí todos los beneficios de un negocio en comandita, cuyas acciones se vendieron en alza. No es tonto mi duquesito. Los grandes señores de antaño son los únicos que saben cambiar el carbón de tierra en oro. Antes de comer, el notario me ha traído á la firma el contrato de adquisición de esta finca, hecho á mi nombre. Como están aquí todos los grandes señores, como Esgrignon, Rastignac, Máximo, Lenoncourt, Verneuil, Laginski, Rochefide, la Palferina y los banqueros Nucingen y Tillet, con Antonia, Málaga, Carabina y Schontz, todos te han compadecido. Sí, viejo mío, estás invitado, pero con la condición de que has de beber en seguida el equivalente de dos botellas en vinos de Hungría, de Champagne y de Cap para ponerte al nivel de ellos. Querido mío, estamos aquí todos demasiado alegres para que no se suspendiese la Ópera. Mi director está borracho como una cuba.

—¡Oh! ¡Josefa!—exclamó el barón.

—¡Qué estúpida es una explicación!—respondió ella sonriéndose.—Vamos á ver, ¿vales tú los seiscientos mil francos que valen el palacio y el mobiliario? ¿Puedes tú darme treinta

mil francos de renta, como me los ha dado el duque metidos en un cucurucho de papel?... Esto es una idea hermosa.

—¡Qué perversidad!—dijo el consejero de Estado, que en aquel momento de rabia hubiese dado los diamantes de su mujer por reemplazar al duque de Herouville durante veinticuatro horas.

—Es mi profesión el ser perversa—replicó.—¡Ah! ¡vaya un modo que tienes de tomar la cosa! ¿Por qué no has inventado la comandita? ¡Dios mío! *gatito mío teñido*, ¡si deberías darme las gracias! Te abandono en el momento en que podrías comerte conmigo el porvenir de tu mujer, la dote de tu hija y... ¡Ah! ¡lloras?... El Imperio se va... Voy á saludar al Imperio.

Dicho esto, adoptó una actitud trágica y exclamó:

¿Le llaman á usted Hulot? ¡Pues ya no le conozco!

Y se fué.

La puerta entreabierta dejó escapar, como un rayo, un chorro de luz acompañado de un rumor de orgia y cargado con los aromas de un festín de primer orden.

La cantante volvió á mirar por la puerta entreabierta, y al ver á Hulot inmóvil como si fuese de bronce, dió un paso adelante, y presentándose de nuevo, le dijo:

—Señor, he cedido los guñapos de la calle de Chauchat á Eloisa Brisetout de Bixiou; si quiere usted reclamarle su gorro de dormir, su calzador, su cinturón y su cera de teñirse las patillas, yo he estipulado ya de antemano que se lo devolverían.

Esta horrible burla dió por resultado el hacer salir al barón de aquella casa como debió salir Lot de Gomorra, pero sin volverse como su mujer.

Hulot volvió á su casa furioso y hablando sólo, y encontró á su familia jugando con calma la partida de whist de á diez céntimos la ficha que él les había visto empezar. Al ver á su marido, la pobre Adelina creyó en algún espantoso desastre, en alguna deshonra; dió sus cartas á Hortensia y llevó á Héctor á aquel mismo saloncito donde cinco horas antes Crevel le precedía las más vergonzosas agonías de la miseria.

—¿Qué tienes?—le preguntó asustada.

—¡Oh! perdóname, pero déjame contarte estas infamias.

Y acto continuo desahogó su rabia por espacio de diez minutos.

—Pero, amigo mío—respondió heroicamente aquella pobre mujer,—semejantes criaturas no conocen el amor, ese amor puro y sincero que tú mereces. ¿Cómo has podido tú, que eres tan perspicaz, tener la pretensión de luchar con un millón?

—¡Querida Adelina!—exclamó el barón abrazando á su mujer y estrechándola contra su corazón.

La baronesa acababa de derramar un bálsamo sobre las sangrientas llagas del amor propio.

—Seguramente. Que le quiten la fortuna al duque de Herouville, y tengo la certeza que, entre los dos, ella no titularía siquiera,—dijo el barón.

—Amigo mío—repuso Adelina haciendo un último esfuerzo,—si no puedes pasar sin queridas, ¿por qué no tomas, como Crevel, mujeres que no sean caras y de una clase que les permita estar siempre contentas con poco? Todos saldríamos ganando con ello. Concibo la necesidad, pero no comprendo la vanidad.

—¡Oh! ¡qué buena y excelente mujer eres!—exclamó.—Yo soy un viejo loco y no merezco tener por compañera un ángel como tú.

—Yo soy sencillamente la Josefina de mi Napoleón—respondió con melancolía.

—Josefina no valía lo que tú. Ven, voy á jugar al whist con mi hermano y con mis hijos. Es necesario que yo empiece á desempeñar mi papel de padre de familia, que case á mi Hortensia y que olvide para siempre mi vida de libertino.

Estos propósitos conmovieron de tal modo á la pobre Adelina, que exclamó:

—¡Qué mal gusto tiene esa criatura en dejar á mi Héctor por nadie! ¡Ah! yo no te cedería por todo el oro de la tierra. ¿Cómo puede nadie dejarte, teniendo la dicha de ser amado por ti?

La mirada con que el barón recompensó el fanatismo de su mujer, confirmó á ésta en la opinión de que la dulzura y la sumisión eran las armas más poderosas de la mujer. Pero en esto se engañaba. Los sentimientos nobles llevados á lo absoluto producen resultados semejantes á los de los mayores vicios. Bonaparte llegó á ser emperador por haber ametrallado al pueblo á dos pasos del lugar en que Luis XVI

perdió la monarquía y la cabeza por no haber dejado derramar la sangre de un señor Sauce.

Al día siguiente, Hortensia, que puso el sello de Wenceslao debajo de su almohada, para no separarse de él mientras dormía, se vistió muy de mañana y mandó á decir á su padre que fuese al jardín tan pronto como se levantase.

A eso de las nueve y media, el padre, atendiendo al deseo de su hija, le daba el brazo y ambos marchaban juntos á lo largo de los muelles, por el puente Real, en la plaza del Carrousel.

—Hagamos como que paseamos, papá—dijo Hortensia al desembocar por el postigo para atravesar aquella inmensa plaza.

—¡Pasear por aquí!—dijo burlonamente el padre.

—Finjamos que vamos al Museo y allá abajo—dijo señalando las barracas adosadas á las paredes de las casas que forman ángulo recto con la calle del Doyenné.—Mira, allí hay anticuarios.

—Tu prima vive allí.

—Ya lo sé, pero es preciso que ella no nos vea.

—Y ¿qué quieres hacer?—le dijo el barón cuando estaban á unos treinta pasos de la ventana de la señora Marneffe, en la que pensó de pronto.

Hortensia había llevado á su padre ante el escaparate de una de esas tiendas situadas en el ángulo de la manzana de casas que se extiende á lo largo de las galerías del viejo Louvre y que hace frente al palacio de Nantes. La joven entró en aquella tienda, dejando á su padre ocupado en mirar las ventanas de la bonita mujer que la vispera había dejado impresa su imagen en el corazón del viejo buen mozo, para calmar la herida que iba á recibir. El barón, que no pudo menos de poner en práctica el consejo de su mujer, se dijo, recordando las adorables perfecciones de la señora Marneffe:

—Dediquémonos á la clase media. Esa mujercita me hará olvidar pronto á la ambiciosa Josefa.

Ahora bien, he aquí lo que pasó simultáneamente en la tienda y fuera de ella.

Examinando las ventanas de su nueva *amada*, el barón vió al marido que, al mismo tiempo que se cepillaba la levita, acechaba como si esperase á alguien en la plaza. Temiendo ser visto y reconocido después, el enamorado barón volvió

la espalda á la calle del Doyenné, pero poniéndose de perfil, á fin de poder dirigir una mirada de cuando en cuando. Este movimiento le hizo encontrarse casi de cara con la señora Marneffe, que volvía de los muelles á su casa. Valeria sintió como una conmoción al recibir la asombrada mirada del barón y le contestó con una ojeada de gazmoña.

—¡Bonita mujer, por la que haría yo muchas locuras!— exclamó el barón.

—¡Eh! caballero—le respondió volviéndose como mujer que adopta una decisión violenta,—usted es el señor barón de Hulot ¿verdad?

El barón, cada vez más estupefacto, hizo un gesto afirmativo.

—Pues bien, puesto que la casualidad ha hecho que nos encontremos dos veces y yo tengo la suerte de interesarle, le diré que, en lugar de hacer locuras, valdría más que hiciese justicia. La suerte de mi marido depende de usted.

—¿En qué sentido?—preguntó galantemente el barón.

—Es un empleado de su dirección, está en la división del señor Lebrún, en el negociado del señor Coquet—le respondió ella sonriéndose.

—Yo me siento dispuesto, señora... señora...

—Señora Marneffe.

—Mi querida señora Marneffe, á hacer injusticias por sus hermosos ojos... Tengo una prima que vive en la misma casa, iré á verla uno de estos días, lo antes posible, y entonces puede usted venir á solicitar lo que quiera.

—Dispense mi audacia, señor barón; pero ya comprenderá que cuando me he atrevido á hablarle de este modo, es porque carezco de protección.

—¡Ah! ¡ah!

—¡Ah! señor, usted se equivoca—dijo ella bajando los ojos.

El barón creyó que el sol acababa de desaparecer.

—Yo estoy desesperada, pero soy una mujer honrada. Hace seis meses que he perdido á mi único protector, al mariscal de Montcornet.

—¡Ah! ¿es usted hija suya?

—Sí, señor, pero no me ha reconocido nunca.

—A fin de poder dejarle una parte de su fortuna.

—Señor, no me ha dejado nada, porque no se ha encontrado ningún testamento.

—¡Oh! pobrecilla. El mariscal fué sorprendido por una apoplejía. Pero, vamos, no pierda usted las esperanzas, señora, pues algo está uno obligado á hacer por la hija de uno de los caballeros bayardos del Imperio.

La señora Marneffe saludó graciosamente y se sintió tan satisfecha de su éxito, como el barón del suyo propio.

—¿De dónde vendrá á estas horas?—se preguntó analizando el movimiento onduloso de la bata, á la que ella imprimía una gracia tal vez exagerada.—Parece hasta demasiado sofocada para venir del baño, y su marido la espera. Esto es inexplicable y me da mucho que pensar.

Una vez que perdió de vista á la señora Marneffe, el barón quiso saber lo que hacía su hija en la tienda, y al entrar en ella, como seguía mirando á las ventanas de la señora Marneffe, estuvo á punto de chocar con un joven de frente pálida y ojos grises y chispeantes, vestido con gabán de verano de merino negro, pantalón de cutí y borcegués de cuero amarillo, el cual joven salía como un atolondrado encaminándose á casa de la señora Marneffe, donde entró. Al entrar en la tienda, Hortensia había visto en ella al instante el famoso grupo colocado sobre una mesa que había á la entrada de la puerta.

Sin las circunstancias á que ella debía su conocimiento, aquella obra maestra hubiese sorprendido indudablemente á la joven por lo que es preciso llamar el *brío* de las grandes cosas, ella que seguramente hubiera podido servir de modelo en Italia para la estatua del *Brío*.

No todas las obras de los genios poseen en el mismo grado ese brillo y ese esplendor visibles para todos los ojos, hasta para los más ignorantes. Así, ciertos cuadros de Rafael, tales como la célebre *Transfiguración*, la *Madona de Foligno*, los frescos de los Stanze en el Vaticano, no causaran de pronto admiración como el *Violinista* de la galería Sciarra, los retratos de los Doni y la *Visión de Ezequiel* de la galería de Pitti, el Cristo con la cruz á cuestras de la galería Borghese y el *Matrimonio de la Virgen* del museo Brera en Milán. El san Juan Bautista de la Tribuna y el san Lucas pintando la Virgen en la academia de Roma, no tienen el encanto del retrato de León X y de la Virgen de Dresde. Sin embargo, tienen el mismo valor. Hay más. Los Stanze, la *Transfiguración*, los Camaïeux y los tres cuadros de caballete del Vaticano, son el último grado de lo sublime y de la perfección.

Pero estas obras maestras, exigen por parte del admirador más instruído una especie de tensión, un cierto estudio para ser comprendidas en todas sus partes, mientras que el Violinista, el Matrimonio de la Virgen y la Visión de Ezequiel, entran por sí solas en el corazón por la doble puerta de los ojos y toman en él asiento, gustándole á todo el mundo recibirlas así sin ningún trabajo, lo cual, si no es el colmo del arte, es su mayor fortuna. Este hecho prueba que existe en la generación de las obras artísticas los mismos azares de nacimiento que en las familias, donde hay hijos felizmente dotados que vienen á la vida guapos y sin causar daño á sus madres, á las que todo sonríe y todo sale bien; en una palabra, que hay flores del genio como hay flores del amor.

Este *brío*, palabra italiana intraducible que nosotros empezamos á emplear, es el carácter de las primeras obras, es el fruto de la petulancia y de la fogosidad intrépida del talento joven, petulancia que se vuelve á hallar más tarde en ciertas horas felices; pero ese *brío* no sale ya entonces del corazón del artista, y, en lugar de derramarlo sobre sus obras como lanza un volcán sus fuegos, lo sufre, lo debe á circunstancias, al amor, á la rivalidad, á veces al odio, y más aún á los imperiosos mandatos de una gloria á sostener.

El grupo de Wenceslao era en sus obras futuras lo que el Matrimonio de la Virgen en la obra total de Rafael, el primer paso del talento dado con una gracia inimitable, con la vivacidad de la infancia y con su fuerza oculta bajo carnes rosadas y blancas, perforadas por hoyuelos que parecen formar ecos á las risas de la madre. Dícese que el príncipe Eugenio ha pagado cuatrocientos mil francos por ese cuadro, que valdría un millón para un país privado de cuadros de Rafael, y sin embargo no se daría nunca cantidad igual por el mejor de los frescos, cuyo valor es, no obstante, muy superior como arte. Hortensia contuvo su admiración al pensar en sus economías de soltera, y afectando cierto aire indiferente, le preguntó al comerciante:

—¿Qué precio tiene esto?

—Mil quinientos francos—respondió el comerciante dirigiendo una mirada á un joven sentado en un taburete de un rincón.

Aquel joven se quedó alelado al ver la obra maestra viviente del barón Hulot. Hortensia, prevenida por aquella mirada, reconoció al artista por el rubor que cubrió su rostro,

pálido por el sufrimiento. La joven vió relucir en dos ojos grises un cierto resplandor producido por su pregunta; contempló aquella cara delgada y larga como la de un monje sumido en el ascetismo; adoró aquella boca rosada y bien dibujada, y los cabellos castaños del esclavo.

—Si lo diese usted por mil doscientos francos, le diría que me lo enviase.

—Es antiguo, señorita—le advirtió el comerciante, el cual, como todos sus colegas, creía haberlo dicho todo con este *non plus ultra* del baratillo.

—Dispéñeme usted, señor, está hecho de este año—le respondió ella con dulzura,—y vengo precisamente para rogarle que, si lo da por este precio, nos envíe al artista, pues tal vez le procuraríamos encargos de gran importancia.

—Si los mil doscientos francos son para él, ¿qué me quedará á mí? Yo soy comerciante—dijo el tendero con sencillez.

—¡Ah! es verdad—replicó la joven con cierta expresión de desdén.

—¡Oh! señorita, lléveselo usted, yo me entenderé con el comerciante—exclamó el polaco fuera de sí.

Fascinado por la sublime belleza de Hortensia y por el amor á las artes que se notaba en ella, añadió:

—Yo soy el autor de ese grupo, y hace ya diez días que vengo tres veces al día á ver si alguien reconoce su valor y lo compra. Usted es mi primera admiradora, lléveselo.

—Caballero, venga usted con el comerciante dentro de una hora, aquí tiene usted la tarjeta de mi padre—respondió Hortensia.

Y en seguida, al ver que el comerciante se internaba en la trastienda para envolver el grupo en un paño, añadió en voz baja, con gran asombro del artista, que creyó soñar:

—Don Wenceslao, en interés de su porvenir, no enseñe usted esa tarjeta ni diga el nombre del comprador á la señorita Fischer, que es prima nuestra.

Esta palabra *prima nuestra* produjo un desvanecimiento al artista, el cual entrevió el paraíso al ver una de sus Evas caídas, pues soñaba con la hermosa prima de que le había hablado Isabel, tanto como Hortensia soñaba con el novio de su prima, hasta tal punto, que cuando la vió entrar se decía:

—¡Ah! si fuese ella como esta!

Ya se comprenderá la mirada que los dos amantes cambiaron entre sí. Aquello fué un volcán, pues los enamorados virtuosos no emplean la menor hipocresía.

—Pero ¿qué diablo haces aquí dentro?—preguntó el padre á la hija.

—He gastado mis mil doscientos francos de economías. Ven.

Y volvió á cogerse del brazo de su padre, que repitió:

—Mil doscientos francos.

—Y hasta mil trescientos... pero tú me prestarás la diferencia.

—¿Y en qué has podido gastar esa suma en esta tienda?

—¡Ah! en esto—respondió la feliz joven;—si he encontrado por ella un marido, no será caro.

—Hija mía, ¿un marido en esa tienda?

—Escucha, padrecito mío, ¿me prohibirías casarme con un gran artista?

—No, hija mía. Hoy, un gran artista es un príncipe sin título. Es la gloria y la fortuna, las dos ventajas sociales más grandes, después de la virtud—añadió con tono ligeramente gazmoño.

—Eso mismo—respondió Hortensia.—¿Y qué piensas de la escultura?

—Es una profesión mala—dijo Hulot levantando la cabeza.—Se necesita mucha protección, además de un gran talento, pues el gobierno es el único consumidor. Hoy que no hay ni grandes existencias, ni grandes fortunas, ni palacios substituidos, ni mayorazgos, la escultura es un arte sin salida. No se venden más que cuadritos, figuritas, y así las artes están amenazadas por el *diminutivo*.

—Pero un gran artista que tuviese aceptación...—repuso Hortensia.

—Es la solución del problema.

—¿Y que sería apoyado!

—Mejor aún.

—¿Y noble!

—¡Bah!

—¿Conde!

—¿Y hace esculturas?

—No tiene fortuna.

—¿Y cuenta con la de la señorita Hulot?—dijo irónicamente el barón, dirigiendo una mirada inquisitorial á su hija.

—Ese gran artista, conde y que hace esculturas, acaba de ver á su hija por primera vez en su vida y durante cinco minutos, señor barón—respondió Hortensia á su padre con aire tranquilo.—Mira, mi querido padrecito, ayer, mientras tú estabas en la cámara, mamá se ha desmayado. Este desmayo, que ella ha atribuido á sus nervios, provenía de algún disgusto relativo á mi casamiento abortado, pues ella me ha dicho que, para desembarazarse ustedes de mí...

—Te quiere demasiado para haber empleado una expresión...

—Poco parlamentaria—repuso Hortensia riendo;—no, no se ha empleado esa palabra, pero yo sé que una joven casadera que no se casa, es una cruz muy pesada para unos padres honrados. Pues bien, ella piensa que si se presentase un hombre de energía y de talento á quien bastase una dote de treinta mil francos, seríamos todos felices. En fin, ella juzgaba conveniente prepararme para la modestia de mi futura suerte, y privarme que me abandonase á sueños demasiado hermosos... Lo cual significa la ruptura de mi matrimonio y que no hay dote.

—Tu madre es una buena, noble y excelente mujer—respondió el padre profundamente humillado, aunque bastante feliz por aquella confidencia.

—Ayer me dijo que usted le autorizaba para que vendiese sus diamantes para casarme; pero yo quisiera que ella guardase sus diamantes, y quisiera además encontrar un marido. Creo haber encontrado al hombre, al pretendiente que responde al programa de mamá...

—¡Aquí!... ¡en la plaza del Carrousel!... ¡en una mañana!

—¡Oh! papá, *el mal viene de más lejos*—respondió ella maliciosamente.

—Pues bien; vamos á ver, hijita mía, contémoslo todo á nuestro buen papá—dijo Hulot con aire malicioso, ocultando sus inquietudes.

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA

"ALFONSO REYES"

Año 1625 MONTERREY, MEXICO